

ACTUALIDAD Y TRASCENDENCIA DE LA CULTURA CLASICA

Por

V. OSCAR VISÑOVEZKY

Allá por el año 62 a.C. Cicerón pronuncia uno de los discursos que más han contribuido a la perduración de su nombre: el Pro Archia Poeta o sea la Defensa del poeta Arquías¹. En un momento del exordio, dirigiéndose a los miembros del tribunal que presidía precisamente su hermano Quinto, el gran orador expresa: "...quaeso a vobis ut in hac causa mihi detis hanc veniam accomodatam huic reo...", es decir: "...os ruego que en este proceso me concedáis una licencia adecuada a la calidad de este acusado..." y pocas palabras más adelante aclara en qué consiste la licencia que solicita: "...ut...hac vestra humanitate...patiamini de studiis humanitatis ac litterarum paulo loqui liberius...", "que, considerando vuestra tan gran ilustración, toleréis que hable con alguna libertad y detenimiento de los estudios de cultura literaria".

¹ Ante la acusación que un tal Gratt'o había presentado contra el poeta Aulo Licinio Arquías por usurpación del derecho de ciudadanía. Cicerón asume su defensa por considerarlo su maestro y por reconocer en él calidades que la posteridad no ha podido corroborar. Desde el punto de vista jurídico la exposición de Cicerón es bastante endeble pero desde el punto de vista artístico resulta particularmente valiosa por la elegancia del estilo y por constituir una apasionada apología de los estudios literarios.

He seleccionado estos tres renglones, de un período que comprende quince, porque en ellos aparece dos veces una palabra que nos interesa de particular manera: *humanitas*.

Su traducción literal es humanidad que, como sustantivo colectivo es sinónimo de género humano y significa el conjunto de individuos de la especie humana. Como idea universal considerada distributivamente *humanidad* designa el conjunto de caracteres comunes a todos los hombres; la naturaleza humana, o sea, la animalidad más la racionalidad. Pero si nos atenemos a lo que con ella querían significar los latinos deberíamos más bien traducirla por *humanidades*.

Pero ¿qué significado tenía para los latinos, y tiene en la historia de la cultura, el concepto de *humanitas*? Seguramente nadie ha contribuido tanto como Cicerón a la afirmación y definición de ese concepto. La *humanitas* es la versión latina de la *paideia*, y en consecuencia un producto de la cultura griega, y se opone tanto a la *feritas* bárbara como a la *gravitas* propiamente romana². La *humanitas* coincide históricamente con la introducción y el posterior triunfo del helenismo en Roma, al que alude el orador cuando, en otro momento de su discurso, expresa: "Entonces ¡Italia estaba llena de las artes y disciplinas griegas, y estos estudios en el Lacio entonces eran cultivados con más entusiasmo que ahora en los mismos lugares y aquí, en Roma, no eran descuidados a causa de la tranquilidad de la república".

Se puede decir que la *humanitas* se reduce en última instancia a la educación en las tres ramas de: las letras, la música y la gimnasia pero participa en buena medida del contenido y valor del *otium* (ocio). En la acepción vulgar ocio es sinónimo de pereza, holgazanería pero el *otium* latino como la *sjolé* griega admite esos significados y muchos más. En relación con la *humanitas* el sentido de *otium* se hace

² *Feritas*: ferocidad o mejor, en este caso, rusticidad; *gravitas*: seriedad, severidad.

más claro y evidente confrontándolo con su contrario: *negotium*. Si este no-ocio es la actividad productiva que representa un valor económico o un beneficio material, el ocio es la actividad desinteresada, propia de los hombres libres, que puede darse en el retiro silencioso, con el estudio o la meditación, o en el instructivo y entretenido diálogo con un amigo. Tal vez no resulte un despropósito aclarar que la significación de *sjolé* es más amplia que la de *otium* y designa tanto a un grupo de individuos como al lugar en que aquellos se reúnen con la finalidad de entablar amigables disputas o aprender. Con este último significado y transcrita por *schola* elimina del uso al *ludus* latino y pasa a incrementar la herencia de los idiomas romances y, a través del latín medieval, se incorpora a las lenguas germánicas.

Con respecto al tema que estamos considerando, Aulo Gelio, un autor posterior a la edad de plata de la literatura latina, nos ha dejado un testimonio particularmente ilustrativo.

En efecto, el capítulo 16 del libro XIII de sus "Noches Áticas" dice textualmente: "Los fundadores de la lengua latina y los que la hablaron bien, no quisieron, como el vulgo, que la palabra *humanitas* fuese sinónima de la griega *filantropía* y significase complacencia, dulzura, benevolencia; sino que dieron a este vocablo, sobre poco más o menos, el mismo sentido que los griegos a *paideia*, esto es, lo que nosotros llamamos educación, iniciación en las bellas artes. Aquellos que muestran más talento y gusto en las bellas artes, son los que merecen mejor que se los llame *humani*. Este estudio, al que solamente el hombre entre todos los seres puede dedicarse, se llamó por esta razón *humanitas*. En tal sentido emplearon siempre los antiguos esta palabra, y principalmente M. Varrón y Cicerón, como demuestran casi todas sus obras. Un solo ejemplo bastará para el caso, tomado del principio del primer libro de M. Varrón, *De las cosas humanas*: "Práxiteles, que a causa de su extraordinario talento no es un desconocido para nadie medianamente culto (*humaniori*) Hu-

manior no significa aquí, como en boca del vulgo, fácil, tratable, benévolo, aunque ignorante en las artes; este sentido no puede acomodarse con el pensamiento del autor; significa el hombre que ha recibido educación e instrucción, y que ha aprendido por los libros y la historia lo que era Praxiteles".

Lo anteriormente expuesto nos permite afirmar que la *humanitas* es el antecedente del humanismo entendido como cultivo global de las capacidades y posibilidades del hombre y que por eso mismo le permite a este alcanzar su máxima plenitud como tal.

A propósito de humanismo me parece oportuno repetir aquí algunas palabras del Prof. Henry Champly tomadas de su disertación: "El humanismo francés en la Francia de siempre", pronunciada hace ya algunos años en el Instituto Popular de Conferencias de Buenos Aires³.

Dijo entonces Champly: "En resumidas cuentas, ¿qué es el humanismo? Etimológicamente, según Dauzat, esta palabra aparece en Francia en 1877, reflejando la palabra alemana "*humanismus*"⁴; pero humanista, sacado del radical de humanidades, se halla en un texto de 1539. Y humanidades, en el sentido de los estudios clásicos, empleado también en francés en el siglo XVI, tiene por origen la expresión ciceroniana "*studia humanitatis*": estudios literarios y filosóficos, que tienen valor humano. En tal sentido humanismo es más grande que humanidades. También se ha dicho que humanismo era la deificación del género humano, pero nosotros no lo entendemos así. Esta palabra designó desde los amigos sabios de Carlomagno y desde Dante, Petrarca, luego Lorenzo de Médicis y los Aldes, así como Guillermo Budé, el entusiasmo de los eruditos ante las obras maestras de la antigua Grecia y del Lacio. El humanismo actual es infinitamente más vasto y más humano. Es todo lo que hace al hom-

³ La Prensa: 15-VII-1950, pág. 6.

⁴ Ni César ni Cicerón conocieron esta voz porque a pesar de su apariencia latina es una invención de los filólogos alemanes del siglo pasado.

bre en su cultura, en su conciencia, en su nobleza. Desde entonces se concibe que al mismo tiempo asuma carácter universal, sentido de alianza y de comunión: esto lo eleva hasta el lazo más religioso entre todos los hombres de buena voluntad, de corazón y de espíritu benévolo sobre la tierra...".

Acotemos, de pasada, que si en Francia la voz humanista se registra en 1539, en España Nebrija acuña la palabra humanismo en 1492.

El humanismo del que en último término nos habla Champlý tiene más de *filantropía* que de *paideia*, contrariamente a lo sostenido por Aulo Gelio para *humanitas*, y no se compadece con una expresión atribuida a Plauto (254-184 a.C.): *Homo homini lupus* (el hombre, lobo para el hombre). La frase ha sido tristemente célebre y sigue siendo de rigurosa actualidad. La comprobación de este aserto no exige ni hondas cavilaciones ni minuciosas investigaciones. Cualquiera puede verificarlo todos los días.

Pero volviendo a la expresión que "El Pequeño Larousse Ilustrado" le atribuye a Plauto y habrían repetido Bacon y Hobbes, la verdad es que el comediógrafo latino no ha dicho lo que le hacen decir. En efecto, al final del II acto de la "Asinaria" o "La venta de los asnos" de Plauto, uno de los personajes, ante el requerimiento de que haga entrega de una suma de dinero, manifiesta su desconfianza con estas palabras: "Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit: Lobo es el hombre para el hombre, no hombre, cuando no se lo conoce"⁵.

Como se ve, Plauto no refleja el desencantado y permanentemente pesimismo del "homo homini, lupus (el hombre, lobo para el hombre)" sino el recelo característico de una mentalidad primitiva ante lo desconocido, recelo que en determinadas circunstancias puede acentuar el aspecto negativo de los

⁵ PLAUTO: *Asinaria*, II, 4, 88.

individuos y las cosas y hacer, por ejemplo, que una palabra como *hostis*, que originariamente era sinónima de *extranjero*, *huésped*, llegue a significar *enemigo*.

Plauto no podía ser el pesimista que nos han querido legar porque era un hombre helenizado. Es sabido que Plauto es la primera figura realmente representativa de la literatura latina, no porque no tuviera antecesores sino porque de éstos y de sus contemporáneos sólo nos han quedado fragmentos que no nos permiten aquilatar sus verdaderos méritos. De Plauto en cambio poseemos una obra suficientemente vasta como para apreciar debidamente sus virtudes y defectos.

Plauto era un hombre tan helenizado que no tiene miramientos en confesar ni el nombre del autor griego ni el título de la obra que ha utilizado en cada comedia. En el caso particular de la "Asinaria" nos declara paladinamente que la escribió Demófilo y la intituló "Onagós", "El Burrero". Y es tal la conciencia que él tiene de la superioridad de la cultura griega que no se ruboriza al reconocer que la ha traducido en lengua bárbara, a pesar de que esta es su propia lengua.

Algunos años posteriores a Plauto es el otro representante del teatro en Roma: Publio Terencio Afer o Africano (194-159 a.C.). Este no sólo admite que sus comedias son imitaciones, por no decir plagios, de obras griegas sino que a una de ellas le pone un título totalmente griego: "Heautontimorúmenos" o sea "El que se castiga a sí mismo" o "El verdugo de sí mismo". Pero hay más todavía. Al comienzo del primer acto de la comedia citada uno de los personajes pronuncia unas palabras, que han pasado a ser proverbiales por la elevación de pensamientos que revelan y que seguramente chocarían a los espectadores, más atentos a las urgencias del día que al cultivo y goce de sentimientos delicados: "Homo sum: humani nihil a me alienum puto", "Soy hombre y considero que nada de lo humano me resulta extraño"⁶.

⁶ TERENCIO: Heautontimorúmenos, I, 1, 25.

Contemporáneo de Plauto y Terencio fue Catón el Viejo, varón de una moral intachable y de una austeridad tan acendrada que le dio autoridad para censurar a sus coetaneos y que por eso mereció el apodo de Censor con que también se lo conoce.

Catón representa en Roma el espíritu conservador y su vida no fue más que un continuo combate contra las nuevas costumbres, la prodigalidad de los grandes señores, el lujo de las mujeres y la ambición y orgullo de los generales, manifestaciones todas, aunque no en el plano cultural, de la expansión del helenismo. A tal punto representa Catón la reacción contra lo que viniera de Grecia que no se salva ni el mismo Sócrates, al que ve como un charlatán rebelde a las leyes de su país. No es de extrañar entonces que desprecie a los poetas y añore el tiempo en que se los confundía con los parásitos.

Sin embargo ese Catón tan severo para todo lo que constituyera una innovación de los usos antiguos acaba finalmente por ceder y a los ochenta años se pone a estudiar griego. Puede decirse que esa concesión es todo un símbolo y señala el triunfo de la cultura griega, que no siempre se beberá en los autores griegos clásicos.

Para Nevio y Ennio (alrededor de comienzos del siglo segundo antes de Cristo) la literatura griega concluía con el siglo de Pericles. Pero como consecuencia de las conquistas romanas en Oriente, los latinos entran poco a poco en contacto con una segunda literatura cuyo centro no está en Atenas sino en Antioquía, en Alejandría, en todas las cortes de los reyezuelos que se han repartido el imperio de Alejandro.

Es precisamente la corte de los Tolomeos la que adquiere particular significación y trascendencia porque reúne a un grupo de poetas que son literatos de profesión y crea una verdadera escuela literaria: el alejandrinismo. Fueron corifeos de esa escuela, entre otros: Zenódoto que dividió cada uno de los poemas homéricos en tantos cantos como letras tiene el al-

fabeto griego; Calímaco que confeccionó el Catálogo de las colecciones de la biblioteca alejandrina y Filetas que escribió un comentario sobre Homero. Naturalmente su poesía conserva el carácter de sus trabajos científicos: Las reminiscencias eruditas prevalecen sobre la inspiración y la perfección formal sobre la profundidad del pensamiento.

Corresponde reconocer que Alejanría ensancha la temática (allí la poesía griega canta por primera vez el amor mundano, la galantería) pero también que anticipa rebuscamientos y excentricidades más modernos.

A esa expresión del helenismo adhiere, ya en los últimos días de la república, un poeta nacido en la Galia Cisalpina: Cayo Valerio Catulo. Aunque puedan señalarse otras hay una nota singularmente reveladora de que bajo el manto latino palpita en Catulo el pensamiento griego: Es su actitud frente a Troya. Mientras Virgilio irá después al hogar de Príamo a buscar blasones para los flamantes señores del mundo, Catulo le arroja esta invectiva: "Maldita sea Troya, ruina común de Asia y Europa" y en otras partes de su obra la llama "funesta", "suelo aborrecible" y "tierra extranjera".

Al helenismo alejandrino debe Catulo el ser un gran artífice del ritmo y el introductor de muchos versos, hasta entonces desconocidos en Roma, a pesar que Horacio se vanaglorie más tarde de haber sido el primero en aclimatar en su patria los metros de la Grecia. En este sentido indudablemente Catulo fue el precursor, sólo que no supo, como Horacio, adaptar las combinaciones rítmicas a los sentimientos: sus endecasílabos son tanto de inspiración amorosa como satírica y entre sus dísticos hay elegías y epigramas.

Si en la prosa el triunfo del helenismo culmina con Cicerón, en poesía alcanza su máxima expresión con Horacio que no se avergüenza de confesar que "Graecia capta ferum victorem cepit", "la Grecia sometida sometió a su feroz vencedor". Ese triunfo total y definitivo de la cultura griega es contemporáneo de las más resonantes victorias de las armas romanas.

En tiempos de Cicerón se logra la máxima expansión por Occidente ya que las legiones de César ponen su patria en la Britania ignota y misteriosa y en los días de Horacio las águilas imperiales baten sus alas sobre la escarpada Armenia y la sedienta Arabia.

Si en el plano político la dominación romana trae como consecuencia la anulación de toda autoridad que no emanara del César, en el plano cultural no ocurre un fenómeno similar. Es cierto que el Oriente permaneció siendo prevalentemente griego pero también es cierto que en Occidente se produce una síntesis tan maravillosa, vivificada por el espíritu del cristianismo, que nos permite hablar de una cultura greco-latino-cristiana.

El sueño de Alejandro de reunir a todos los pueblos bajo un mismo cetro sólo puede cumplirlo Roma que posee el sentido de la organización del estado, crea el derecho y difunde la noción de patria. Y así Caracalla, tan tristemente famoso por otros motivos, a principios del tercer siglo de nuestra era, extendió el derecho de ciudadanía a todos los súbditos del imperio.

Cuando, agobiado por su grandeza y sacudido por las acometidas de los bárbaros, el imperio de Occidente amenaza derrumbarse, el orgulloso "Romanus sum civis", "soy ciudadano romano", resuena todavía en la voz del galo Rutilio Namaciano que dice, dirigiéndose a Roma: "Fecisti patriam diversis gentibus unam", "les diste una patria común a los diferentes pueblos" ⁷.

La hegemonía política, en pueblos culturalmente inferiores, trae aparejado el predominio lingüístico y el latín, llevado por funcionarios, soldados y colonos, prevalece sobre las lenguas y hablas de los sometidos.

⁷ R. NAMACIANO: De reditu suo, 63.

Pero, principalmente a partir del edicto de Milán (a. 313), el latín es la lengua de los evangelizadores, que continúan su misión cuando el imperio ya no era más que un lejano recuerdo.

En los siglos azarosos y difíciles de la alta edad media el latín —y con él la herencia clásica— se refugiará en abadías y conventos para irradiar más tarde la luz de un nuevo amanecer y configurar los rasgos esenciales del hombre occidental porque el cristianismo no ahogó el mundo clásico sino que incorporó a este su propia carga humanística.

Se reconozca o no, la cultura clásica es el fundamento de la cultura occidental, a la que pertenecemos por nuestro origen y que, a pesar de los defectos que se le puedan señalar, ha conseguido una unidad que supera las diferencias raciales, lingüísticas y políticas y ha alcanzado logros con los que no puede competir ninguna otra cultura ni en cantidad ni en calidad.

Posiblemente lo que acabo de afirmar sea aceptado sin mayor oposición, por no decir con pleno asentimiento. Sin embargo los estudios clásicos hoy están cuestionados. Aunque esa actitud se ha acentuado en nuestros días ese cuestionamiento viene de lejos.

Hace ya cien años, Juan María Napoleón Deseado Nisard, profesor de Elocuencia latina en el Colegio de Francia, miembro de la Academia Francesa y autor, entre otras obras, de "Los Grandes Historiadores Latinos", al iniciar un nuevo curso, decía: "Estudiar el latín es, en efecto, retrotraer el estudio del francés hasta sus elementos primitivos, hasta el origen del que nuestra lengua ha tomado los grandes caracteres que la han hecho heredera de la universalidad de las lenguas griega y latina".

"No hago con esto una especulación arbitraria, ni hablo por puro capricho: expreso un hecho en el que están de acuerdo todos los espíritus cultos de Europa... Y este hecho es una respuesta irrefutable a quienes quieren quitar el latín

de la educación pública o, lo que es lo mismo, a no darle sino el puesto de un conocimiento accesorio”.

En reafirmación de su tesis, Nisard apela al testimonio de su colega y amigo Juan José Ampere que había dicho: “Las palabras latinas son la misma lengua francesa; la constituyen. No se puede, por lo tanto, buscar cuáles son los elementos latinos del francés. Lo que tendré que buscar, será indicar cuáles no lo son. La gramática francesa es enteramente latina. El fondo del vocabulario lo es igualmente. La inmensa mayoría de las palabras francesas tienen un origen puramente latino”.

Después de transcribir lo anterior, Nisard agrega por su cuenta: “Así, pues, he aquí lo que se quiere que ignoréis: más de la mitad de vuestra lengua, a menos que no se pretenda saber una lengua cuando no se la siente. Ahora bien, no se siente una lengua sino en cuanto se percibe su fuerza etimológica”.

Nisard abunda en otras consideraciones que no repito para no fatigarlos y porque a mi propósito basta con lo transcrito.

Si los dos autores citados se expresan como lo han hecho con respecto a la relación que existe entre el francés y el latín, ¿Qué podemos decir nosotros del castellano que está mucho más cerca del latín que el francés?

No hace mucho, Borges le manifestó a Neustadt que le había reprochado a Batistessa el que tradujera la Divina Comedia al castellano porque el italiano no es más que un dialecto del latín.

Con ciertas limitaciones, Borges tenía razón porque el castellano es latín, pero latín transformado y tan transformado que necesitamos estudios especiales para entender las obras de Virgilio y Horacio. Y no es la primera vez que esto ocurre en la historia del latín: Al poeta de los Epodos y las Odas le resultaba ininteligible el Canto de los Hermanos Arvales,

compuesto en un latín sumamente arcaico y conservado por tradición oral.

Volviendo al cuestionamiento de los estudios clásicos, más de una vez, para eliminarlos, se ha esgrimido el argumento de su utilidad o de su inutilidad. Con este criterio tan inútiles resultan el latín y el griego como la mayor parte de las otras materias. ¿Cuántos de los lectores han tenido oportunidad de dar aplicación práctica al teorema de Pitágoras, a la química del carbono o a la clasificación de los protozoarios que les enseñaron en la secundaria?

Creo que todos han de estar de acuerdo en que una enseñanza exclusivamente utilitaria deformaría el carácter del educando y atentaría contra la formación integral de su personalidad.

Lo que se necesita entonces es una educación auténticamente humanística que se ha de proponer como meta primordial formar hombres cultos y no meros receptáculos de conocimientos científicos.

El aprendizaje de las lenguas clásicas no se compagina con la improvisación y el facilismo. Exige un esfuerzo serio y sostenido que disciplina la mente y constituye una verdadera gimnasia intelectual.

“Enfrentarse con un texto clásico, aun el más breve y sencillo, —ha dicho el Prof. Manuel J. Sánchez Márquez— es conjugar la intuición, la imaginación, la lógica, la memoria, el raciocinio, los conocimientos culturales y literarios, religiosos y mitológicos, históricos y geográficos, sociológicos y económicos: nada igual en ningún otro tipo de estudios”⁸.

Si no hubiera otros motivos, tendríamos que volver a los clásicos porque somos hijos y herederos de la cultura occidental o para ser más precisos: greco-latino-cristiana.

De Grecia recibimos con el verso de Homero la dimensión definitiva de toda poesía, con la voz de Platón la cumbre más alta de la especulación filosófica y con las maravillas de su

⁸ M. J. SÁNCHEZ MÁRQUEZ: *La Formación Humanística Clásica*.

estatuaria el canon de la belleza plástica. De Roma, que presintió con Séneca la existencia de América⁹, nos viene la valoración exacta del poder de la voluntad, la noción del derecho, la organización de la familia y el estado, el culto por la tradición, la virtud del patriotismo. Y del verbo de Jesús, que esparció a todos los vientos del cuadrante la simiente de la revolución más trascendental que hayan visto los siglos, del verbo de Jesús aprendimos la dignidad de la naturaleza humana por su destino trascendente, la libertad y responsabilidad de la conciencia individual y el ideal más acendrado de fraternidad universal.

Somos hijos de la cultura greco-latino-cristiana pero a través del cauce hispano cuya historia desde los días de Pelayo y Rodrigo de Vivar es escuela de heroísmo y cuyo humanismo idealista, en esta hora ensombrecida y angustiada de la humanidad, ilumina de esperanzas nuestra fe en el destino de Occidente.

⁹ L. A. SÉNECA: *Medea*, II, 375-379.

